

Estado e industria editorial: las políticas de adquisición

RENÉ SOLÍS

Entre el Estado y la industria editorial existe una larga relación. A veces esta relación es contestataria y tirante y persisten temas de mucha trascendencia –largamente debatidos– que no se han resuelto. A pesar de esto, la relación es fluida y esencialmente pragmática. Es pragmática porque el Estado es el cliente más significativo de la industria editorial, en términos de las compras que realiza, principalmente a través de distintos programas y dependencias de la SEP, de entidades estatales y locales y diversos organismos descentralizados.

Estas compras y su tasa de incremento en la última década han sido importantes para la industria en general y para las empresas que se benefician con estas compras (cuadro 1). Si se comparan con el crecimiento del mercado total, también parecería que el Estado ha sido un propulsor decisivo de la industria aunque su importancia relativa sea excesiva y riesgosa, estructuralmente. Cabe resaltar el desequilibrio entre el mercado abierto y el estatal –el primero disminuye y el segundo aumenta, sin aparente efecto sobre el primero. La venta mayor al Estado no compensa la disminución en la venta al público por los bajos márgenes que dejan las ventas oficiales que se negocian con descuentos hasta de 85% sobre su precio de venta público.

Y si analizamos la situación de la industria en cuanto al valor de la venta, encontramos que del año 1994 a 2000, el crecimiento del valor de ventas de la industria editorial fue de 106.5%, o sea un promedio anual de 17.75%, pero *sin* considerar el efecto inflacionario de esos años. Del año 2000 a 2004, el crecimiento en valor de ventas de la industria fue de 5.61%, un 1.4% anual, también *sin* considerar el efecto inflacionario.

El crecimiento casi estático de la industria se confirma al examinar el valor de la producción. Del año 1994 a 2000, el incremento fue de 98.4% o sea un promedio de 16.4%, *sin* considerar los efectos inflacionarios. Y del año 2000 a 2004, el crecimiento del valor de la producción fue de 0.13%, o sea un 0.03% anual, *sin* considerar el efecto inflacionario.

La conclusión es evidente: aunque el número de ejemplares vendidos ha aumentado un 38% en diez años (3.8% anual, *grosso modo*), el valor de la venta (y producción) casi no ha variado, si tomamos en cuenta el efecto inflacionario. Y dicho crecimiento se ha debido a los programas de adquisición del Estado, fundamentalmente de la SEP. Como ejemplo, en el cuadro 2 podemos observar las compras de la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos (Conaliteg) de textos de secundaria, en número de ejemplares en los últimos ocho años.

Si enfocamos la mirada al año 2004 y agregamos las adquisiciones de libros para los programas de Bibliotecas de Aula y Bibliotecas Escolares, la compra total es de 63 millones de ejemplares. Sin embargo, si se comparan estas compras con la producción de libros que realiza el propio Estado (cuadro 3), se puede observar que dichas compras sólo representan 20% de los libros que requiere el Estado, por lo que el mismo produce 80% restante de sus necesidades. La concentración de este volumen en manos del Estado representa una actividad fuera del alcance de la industria editorial privada aunque la industria de las artes gráficas no resulta afectada en el mismo grado porque el Estado requiere de ella para complementar su propia capacidad.

El crecimiento del Estado editor ha ido en aumento constante a lo largo de 45 años (cuadro 4). En la pre-

Cuadro 1. Ventas industria editorial-ejemplares

Fuente: Caniem.

Ventas	Mercado abierto	Estado	Total
Últimos años de los 90:	90 millones 92%	8 millones 8%	98 millones 100%
En 2004:	70 millones 52%	65 millones 48%	135 millones 100%
Aumento (disminución)	[23%]	812%	38%

sente administración, cifras proyectadas señalan que la producción de Conaliteg será superior a la suma de los libros producidos durante los sexenios de Salinas y Zedillo: 1 500 millones de ejemplares. Sin duda un logro de mucho éxito.

Pero el panorama anterior obliga a plantear una serie de preguntas incómodas pero necesarias. ¿Es aceptable, conveniente, recomendable, eficiente, que el Estado concentre la producción de libros de texto de primaria? Desde hace décadas, esta pregunta es la principal causa de disensión entre la industria y el Estado, situación apenas aliviada por las adquisiciones de libros para secundaria y, en la presente administración, por la intensificación de compras para Bibliotecas de Aula y Escolares. Sin embargo, estas compras de ninguna manera deben considerarse como una compensación del Estado a la industria privada por su imposibilidad de acceso a los libros de primaria. Son dos programas distintos y el Estado tiene una justificación razonada de por qué en uno no hay participación privada y en los otros sí se permite.

Desde el origen de los libros de texto "únicos", hace 45 años, el Estado —léase Conaliteg— ha producido más de 4 190 millones de ejemplares. Como se puede ver en el cuadro 4, no ha dejado de incrementar su volumen de producción, y de mejorar —para el Estado— su productividad y costo, según cifras de Conaliteg. Las razones originales de conservar la edición, manufactura y distribución siguen esgrimiéndose como vigentes y son tanto ideológicas como económicas aunque, paralelamente, los libros para secundaria siguen un proceso distinto que no ha sido cuestionado ni objetado por el sector gubernamental, magisterial, sindical e intelectual.

Desde el punto de vista de la industria privada, la exclusión de que es objeto en este renglón es una de las razones fundamentales de su continuamente precario y —en años recientes— casi estático desarrollo. Se señala que en la mayoría de países desarrollados, la edición, producción y venta de libros de texto —y para bibliotecas públicas— al Estado es un elemento clave para el funcionamiento sano de una industria editorial nacional. Al no participar en textos de primaria, la industria tiene que conformarse con el Estado-como-cliente de libros para secundaria, bibliotecas y coediciones, lo cual representa una venta importante para editoriales especializadas en libros de texto, infantiles y juveniles. Sin embargo, por el volumen, permanece vivo el interés de la industria editorial me-

xicana por el libro de texto de primaria —recordemos una comida con el entonces candidato a la presidencia, Vicente Fox, en la cual prácticamente aseguró que se abriría este renglón a la industria privada. Como empresarios, los editores privados están en su papel de seguir insistiendo en un esquema similar al de los libros para secundaria y de paso, con una mayor transparencia y equidad en su proceso de selección.

Reforzando esta posición, quisiera señalar que los estados de la Unión Americana compran a los editores privados 4 mil millones de dólares de libros de primaria y secundaria. Toda proporción guardada, imaginemos el impacto que tendría en la industria editorial la compra análoga del texto para primaria aun a los precios más bajos posibles.

Y esto nos lleva a un cuestionamiento de fondo: ¿está previsto en alguna legislación que el campo del libro de texto para primaria es privativo del gobierno federal? ¿Son las condiciones socioculturales de 2005 las mismas que cuando surgió el libro de texto "único"? ¿Se ha registrado algún avance que podría favorecer la necesidad de una revisión de esta situación excluyente? Reconozco que simplifico para provocar una discusión pero la mejor defensa de la solicitud de los editores privados es el proceso que se sigue para la adquisición de libros para secundaria, que está en sus manos desde hace varios años.

Nadie ha acusado a estos editores de subversión intelectual, tendencia globalizadora, insidiosa penetración de ideas extranjerizantes y, en apariencia, funciona satisfactoriamente.

Pero dejemos este inagotable tema y comentemos otros renglones significativos de la edición del Estado que son difíciles de analizar por la ausencia de datos, tanto del gobierno federal como de los estados y organismos descentralizados que tienen actividades editoriales, porque ninguno resiste ser editor. Y habría que mencionar el delicado caso del Fondo de Cultura Económica:

Nadie duda ni discute la incalculable aportación a la vida intelectual y desarrollo cultural de México del FCE a lo largo de 70 años. Pero creo que es válido preguntar ¿siguen vigentes las circunstancias bajo las cuales se fundó y se establecieron sus objetivos? Reitero que su catálogo no necesita defensa pero quizá su estructura y objetivos requieran de una redefinición porque existe y compite con la industria privada, incluso en textos, pero operando bajo distintos esquemas financieros como lo es una inyección fija anual del gobierno federal que en 2005 fue

de 124 millones de pesos y en 2006 será de 147 millones. ¿Qué empresa editorial mexicana cuenta con este tipo de financiamiento anual, de carácter no reembolsable?

¿En una economía teóricamente de libre mercado el Estado tiene el "derecho" a competir con una industria establecida y funcional? ¿Puede considerarse que compite bajo las mismas condiciones que los demás participantes en el mercado?

Así como las condiciones socioculturales, económicas y políticas han cambiado y difieren de las que vivía el país cuando se estableció el FCE, estos cambios también aplican a la existencia de Conaliteg.

Como editor he participado en el mercado del libro de texto de secundaria pero desde hace diez años no tengo nada que ver con esta actividad; por tanto, no hablo en representación de este sector de la industria ni estoy cabildeando a favor de él o de ningún otro sector. Simplemente planteo preguntas que, creo, son la razón de ser y ameritan ser discutidas, por ejemplo, ¿es la actual situación la más saludable para una industria cuyo potencial real se ha estado restringiendo desde hace 45 años? ¿Es razonable esta situación? ¿Es aceptable en un país que, se supone, actúa dentro de una economía de mercado? ¿Es sostenible cuando una parte de este mercado sí lo desarrolla la industria pero otra parte le está vedada? Si una parte de lo que requiere el mercado –con todas sus exigencias– lo está realizando la industria privada desde hace un buen tiempo– y asumo que, satisfactoriamente– ¿por qué la otra parte no?

Cuadro 2. Compras textos secundaria 1997-2004.

Ejemplares

Fuente: Conaliteg.

1997	—	1 901 496
1998	—	15 700 602
1999	—	20 123 965
2000	—	13 699 443
2001	—	19 883 050
2002	—	17 925 030
2003	—	14 646 066
2004	—	35 500 000
		139 379 652
Adquisiciones Año 2004 - ejemplares -		
Secundaria		35 500 000
Biblioteca de Aula		15 000 000
Biblioteca Escolar		12 500 000
		63 000 000

Son preguntas sobre las que debiéramos reflexionar, sin caer en argumentos ideológicos y frases lapidarias que impedirían cualquier análisis racional.

El editor mexicano se encuentra en una situación frustrante: por un lado, el mercado de consumo no crece significativamente. Hemos visto las cifras y está claro que el público lector no aumenta. Los canales de distribución tampoco evolucionan o crecen, seguimos con el mismo número de librerías desde hace diez años, si no es que menos, y sólo el número de unidades de autoservicios, Sanborns, aeropuertos y similares permiten afirmar que han aumentado los puntos de venta. Las cifras existentes, con todas sus limitaciones, no nos permiten mentir. Y, sin contar con una herramienta como el *bookscan* de Nielsen, que ayuda enormemente a los editores anglosajones a tomar decisiones cotidianas sobre qué libros editar, reimprimir oportunamente, descatalogar, etc., el editor mexicano tiene que correr muchos más riesgos que sus colegas de otros países y, por si fuera poco, en un mercado con mínimo o nulo crecimiento.

Los muy encomiables esfuerzos por fomentar la lectura, tanto por parte de la SEP, Conaculta y numerosas instituciones públicas y privadas, entusiastamente interesadas por aumentar el índice de la lectura desde muy temprana edad, deberían producir efectos sobre la demanda pero, lamentablemente, este impacto se dará a largo plazo, como sucedió en España. Mientras tanto, habrá que esperar y recibir con aplausos todo esfuerzo que contribuya eficazmente a incrementar la demanda, así sea *Harry Potter*, *El señor de los anillos*, las *Crónicas de Narnia* y hasta *El código Da Vinci* que han

Cuadro 3. Producción Conaliteg 2004.

Ejemplares

Fuente: Conaliteg.

Programa	Títulos	Total	%
Preescolar -			
Primaria	42	94.0 M	
Historia y Geografía de los estados	32	1.4 M	
Telesecundaria	47	15.0 M	
Educación indígena	281	2.8 M	
Otras ediciones	515	138.8 M	
Subtotal	917	252.0 M	80.0
Secundaria	463	35.5 M	
Biblioteca de Aula	441	15.0 M	
Biblioteca Escolar	170	12.5 M	
	1 074	63.0 M	20.0
Total	1 991	315 M	100.0

seducido a miles de no lectores, convirtiéndolos en lectores potenciales de otros títulos, si los editores sabemos provocar y motivar a este incipiente mercado. Como industria, hay mucho que hacer promocionalmente para incrementar el número de lectores. Todos los días se prueban nuevas estrategias con este fin pero todo esfuerzo no se reflejará en los volúmenes que requeriría la industria para crecer saludablemente.

En otros países, el Estado es un fuerte comprador de libros para bibliotecas públicas, ya sea de manera descentralizada, en cada estado, municipio, o centralizada. Nuestro sistema nacional de bibliotecas, tal y como fue concebido, debería representar un mercado potencial importante para los editores y una institución de servicio como lo requieren y demandan los usuarios reales y potenciales de las más de 6 mil bibliotecas existentes. El agricultor que necesita consultar un manual sobre el cultivo de cacahuate, producto agrícola en su municipio, debería poder encontrar ese manual –o un *link* en internet– en la biblioteca más cercana a su lugar de trabajo. La biblioteca no sólo tiene que ofrecer el último libro de nuestros mejores escritores o los clásicos universales. Las bibliotecas municipales también tienen que participar en la selección de los libros que requieren para ofrecer el servicio que su comunidad necesita. Y deberían participar económicamente en dicha compra para aumentar el acervo y fortalecer la posición de la biblioteca local como difusora del conocimiento. Mientras que no soliciten el manual sobre el cultivo del cacahuate y mientras ellas mismas no cuenten con fondos propios para comprarlo, les enviaremos

la obra de Kafka que, quién lo duda, es un escritor clásico del ambiente etiológico mexicano.

Toda organización moderna –pública o privada– que se jacte de estar bien administrada, practica la planeación a corto, mediano y largo plazos. Sin una visión de futuro, difícilmente puede programar un desarrollo y crecimiento eficiente, asegurar los recursos necesarios –humanos y materiales– o alcanzar las metas deseadas.

En la industria editorial mexicana, en la cual el cliente principal es el gobierno y a pesar de que, en términos absolutos, no represente el mayor volumen de compra sumando todos los mercados, es difícil contar con la información gubernamental necesaria para incorporar a la tarea de planeación. Se conocen planes maestros de la educación pero no necesariamente los materiales que se necesitarán, ni en contenido ni en calidad, salvo los libros para secundaria.

Por tanto, el editor que desea participar en el mercado de materiales y textos escolares tiene que utilizar su ingenio y aplicar todo tipo de argucias para investigar y deducir qué oportunidades puede representar ese mercado, si le conviene participar en él y qué inversión requerirá en términos de capital humano y financiero.

No es fácil trabajar –y mucho menos planear– en el vacío. De allí que surjan iniciativas para proponer que se institucionalicen al menos partidas de adquisición fijas que ofrezcan cierta certeza de que habrá fondos para compras de libros para tal o cual programa, es decir, una especie de cuantificación del valor del mercado que puede o no representar una oportunidad para cada editorial.

El programa para bibliotecas de Aula y Escolares es un buen ejemplo. Si en el primer año de adquisiciones participaron y presentaron su oferta determinado número de editoriales, cada año, este número ha ido aumentando, incluyendo algunas editoriales que nacen de manera abortiva. Esta reñida competencia es saludable porque multiplica la variedad y calidad de la oferta y se distribuyen las adquisiciones entre un número mayor de editoriales, permitiendo el fortalecimiento de nuevas opciones. Sin embargo, es imposible planear qué tipo de oferta será demandada y seleccionada porque no se conocen de antemano los temas que serán requeridos o buscados. Lo que pudiera ser una oferta más eficiente, dirigida a necesidades específicas, puede tener un efecto contrario sobre iniciativas creativas que se desarrollan en la oscuridad. Si ignoro lo que querrán

Cuadro 4. Conaliteg. Producción de libros y material de apoyo educativo. Ejemplares

Fuente: Conaliteg.

* Según estimaciones, en la administración del presidente Fox 2001-2006, el Estado habrá producido 1 501 700 000 ejemplares.

Año	Presidente	En el sexenio
1960-1965	Adolfo López Mateos	117 122 628
1965-71	Gustavo Díaz Ordaz	258 024 471
1971-77	Luis Echeverría Álvarez	412 990 000
1977-83	José López Portillo	474 635 750
1983-89	Miguel de la Madrid Hurtado	535 400 000
1989-95	Carlos Salinas de Gortari	609 977 000
1995-01	Ernesto Zedillo Ponce	848 200 000
2001-2004	Vicente Fox Quezada	931 704 878*
		4 188 054 727

comprar este año, ¿cómo voy a crear y desarrollar libros que satisfagan una necesidad que desconozco?

Estos programas han sido muy positivos pero no existe certeza de que, terminando la presente administración, vayan a continuar. ¿Desaparecerá este importante estímulo a la edición infantil y juvenil? ¿Las bibliotecas de aula y escolares, podrán seguir enriqueciendo sus acervos, aumentando la oferta a los lectores? ¿Se logrará incrementar el tan deseado hábito de la lectura? ¿O será una de tantas ideas constructivas que desaparecerán por los azares de un cambio en la administración?

Ante una ausencia de políticas de adquisición fijas, porque forman parte de un plan maestro de educación, ¿cómo incluir este renglón en un presupuesto de ventas, en un programa de desarrollo editorial, en un plan de inversión?

Si bien es cierto que todo acto especulativo lleva implícita la posibilidad de ganar o perder, ¿es aceptable que no se pueda trabajar en conjunto con las autoridades para establecer políticas y procesos de adquisiciones y, desde luego, un presupuesto de adquisición correspondiente, institucionalizado, que permita a la industria conocer las oportunidades y riesgos de un mercado y ejercer la opción de participar o no en él?

En un intento por acabar con estas incógnitas, recientemente la Caniem presentó ante la Oficina de Políticas Públicas de la Presidencia una "propuesta-sugerencia" para lograr un presupuesto etiquetado –si no ideal, al menos básico– para institucionalizar compras para bibliotecas de aula, escolares, magisteriales.

¿Se podrá lograr algo mayor para el sistema de bibliotecas públicas? La propuesta etiquetada es mínima y los supuestos originales del sistema, de que las compras provendrían de las entidades que son los usuarios y beneficiarios de las bibliotecas no se han concretado del todo. Entonces ¿cómo fortalecer esas bibliotecas que tratan de brindar un servicio local, *ad hoc* a las necesidades de su comunidad?

¿Cómo lograr que estas peticiones y cuestionamientos sean, al menos, escuchados e, idealmente, tomados en cuenta?

Las opiniones de los editores siempre son objeto de estériles suspicacias –"la avidez insaciable por lucrar" es un concepto definitorio de la iniciativa privada– aún presentes en algunos sectores gubernamentales, que correspondería más a los años sesenta y que, desgraciadamente, impide una interlocución abierta y constructiva que desemboque en políticas y acciones positivas y benéficas para ambos sectores, si sólo se aceptara como una parte del proceso de planeación y, posteriormente, de la negociación.

En décadas pasadas nuestra visión limitada del potencial del libro en español no nos permitió aprovechar la oportunidad de ocupar una posición que ahora sostiene de manera hegemónica el libro español. Pero para eso se requiere de un Estado mexicano fuerte y emprendedor que no sólo adquiera más libros sino que proporcione los apoyos y estímulos multisectoriales que requiere la industria para crecer como lo ha venido haciendo desde hace más de treinta años la industria editorial gracias al apoyo del gobierno español.